

Breve cronica de la visita de Juan Pablo II a Sevilla

— — —

Beatificación de Sor Angela de la Cruz

Dos hechos que, indiscutiblemente, figurarán en la historia de la ciudad de Sevilla, se han producido en la misma fecha.

El Viernes 5 de Noviembre de 1.982, y por primera vez en la vida de la ciudad hispalense, un Papa ha visitado Sevilla.

Y en la misma mañana, un acto que solo se realizaba en la escena Vaticana, por segunda vez ha traspasado sus límites y se ha realizado en Sevilla: una Beatificación que, en la presente ocasión, ha tenido como protagonista a la hija más preclara de la ciudad, a la que todo el mundo, sin distinción de ideologías, ama. ¡SOR ANGELA DE LA CRUZ!

A las 8,45 de la mañana, Su Santidad Juan Pablo II pisaba tierra sevillana. Le recibe S. E. Rdma. Fray Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla, acompañado por nuestras primeras autoridades, y el pueblo representado por unas parejas que cantan y bailan sevillanas que el Papa escucha y contempla sonriente.

Aproximadamente a las nueve, en el coche especial reservado para él, emprende su camino a la ciudad, acogido entusiastamente por el numeroso público que llenaba los varios kilómetros que la separaban de la misma.

En la Pasarela, y por el Alcalde de Sevilla, se le hizo entrega de las llaves de la ciudad.

Y ya, con el retraso de principio, llegó el Papa al Campo de la Feria donde todo estaba dispuesto para recibirle.

Dicho retraso, según se ha dicho, fue el causante de que una inmensa mayo-

ría que allí se encontraba, incluso desde las nueve de la noche, se sintiese defraudada al no ver cumplido el itinerario previsto y suficientemente anunciado.

No se pudo ver a Juan Pablo de cerca, e incluso algunos, ni le vieron.

Nosotros, que tuvimos la «suerte» de poder situarnos en la silla 47 de la fila 18 de una de las tribunas, apenas pudimos contemplarlo, por la gran distancia que nos separaba.

S. E. Rdma. el Sr. Cardenal Bueno Monreal, había llegado al estrado del altar unos minutos antes, siendo acogido con una gran ovación, repetida cuando Su Santidad se acercó a él para abrazarle.

También, y en lugar destacado, por la representación que ostentaba de la Familia Real, ocupó un estrado S. A. Real la Condesa de Barcelona, madre del Rey, cuya amistad con Sor Angela había sido comentada.

Las hermanas de la Cruz, al rededor de setecientas asistentes al acto, fueron asimismo muy cariñosamente acogidas por el pueblo.

Diez y ocho obispos y treinta y cuatro sacerdotes concelebraron la santa Misa con Su Santidad.

Comenzó la misma, e inmediatamente despues del Señor ten Piedad, se inició el Rito de la Beatificación con las siguientes palabras del Sr. Arzobispo de Sevilla, Fray Carlos Amigo Vallejo.

— — —

«Santísimo Padre:

El eminentísimo cardenal José María Bueno Monreal, precedente ordinario de la archidiócesis, y yo, actual ordinario de la misma, suplicamos humildemente a Vuestra Santidad se digne incluir en el número de los beatos a la Sierva de Dios Angela de la Cruz Guerrero González.

La venerable Sierva de Dios Angela de la Cruz —continuó diciendo el arzobispo—, nació en Sevilla el 30 de enero de 1846, en el seno de una familia pobre en bienes terrenos, pero rica en bienes celestiales. Recibió el bautismo el 2 de febrero del mismo año, y el sacramento de la confirmación el 18 de marzo de 1855. Tuvo una instrucción escolar elemental, y pronto hubo de ayudar a su familia trabajando como aparadora en una zapatería de la ciudad.

A los diecinueve años quiso entrar en el Carmelo, pero no fue aceptada por falta de salud. Después ingresó como postulante en las Hijas de la Caridad, pero, todavía novicia, tuvo que renunciar, atacada de una enfermedad. Vuelta a su familia, Angela se restablece y se reintegra al trabajo de la zapatería, encontrando el sentido de su vocación en el ejercicio de la virtud y en las obras de caridad con los enfermos pobres, que luego constituirá la finalidad de su futuro Instituto.

En junio de 1875, a los veintinueve años, abandonó el taller de trabajo para dedicarse a la fundación del Instituto de las Hermanas de la Compañía de la Cruz, que puso en marcha con tres compañeras el día 2 de agosto, fiesta de la Virgen de los Angeles. La Compañía recibió el Decreto de aprobación del arzobispo de Sevilla, en 1876; el Decretum Laudis, de León XIII, en 1898; la aprobación definitiva de San Pío X, en 1904.

Las características de la nueva familia religiosa serán: la santificación de

sus miembros con la práctica de la virtud, de la mortificación especialmente, el servicio de Dios en los pobres, para conducir las almas a El, haciéndose pobres como ellos.

Esta última frase, escrita sobre la lápida de su sepulcro, llevada a la práctica fielmente hasta sus últimas consecuencias, da un estilo profundo a toda la vida de la venerable Sierva de Dios y de su Instituto: vida de austera penitencia, de total abnegación, de celo incansable, de prolongada oración; y todo ello impregnado del amor incondicional a la Cruz de Cristo, a la que quiere rendir homenaje con una fidelidad absoluta.

Su espiritualidad, fuerte y bien templada en el amor práctico y ardiente a la Cruz, condujo a la Sierva de Dios a gozar de una fama extraordinaria de virtud entre personas de todas las clases sociales, que solían recurrir a su consejo y a sus oraciones; y, especialmente entre sus religiosas, a las que formó en su espíritu como superiora general, cargo que desempeñó durante treinta y cinco años consecutivos, hasta que, después de estar al frente del Instituto durante el tiempo que marcaba el derecho diocesano, desde 1875 a 1904, fue incluso reelegida por unanimidad en el Capítulo celebrado en 1928. Después, en este año, dada la edad avanzada de la Sierva de Dios, el cardenal de Sevilla, en virtud de los poderes concedidos por Roma, hizo elegir otra superiora general.

El 2 de marzo de 1932 se durmió en el Señor, a la edad de ochenta y seis años. La conmoción de la ciudad de Sevilla cuando se anunció su muerte y la afluencia de gente para venerar sus restos duró tres días enteros, hasta que fue sepultada en la cripta de la Casa Madre.

A la vista de una vida llena de tanto amor a Dios y a los hermanos, reiteramos humildemente ante Vuestra Santidad nuestra súplica de que la venerable Sor Angela de la Cruz Guerrero González pueda ser llamada Beata».

A las palabras del Sr. Arzobispo, contestó el Santo Padre Juan Pablo II con las siguientes, incluida su exhortación pastoral, y con las que declaraba Beata a SOR ANGELA DE LA CRUZ GUERRE-RO Y GONZALEZ:

«Queridos hermanos y hermanas:

HOY TENGO LA dicha de encontrarme por vez primera bajo el cielo de Andalucía; esta región hermosa, la más extensa y poblada de España; centro de una de las más antiguas culturas de Europa. Aquí se dieron cita múltiples civilizaciones que configuraron las peculiares notas características del hombre andaluz.

VOSOTROS DISTEIS AL Imperio Romano emperadores, filósofos y poetas; ocho siglos de presencia árabe os afinaron la sensibilidad poética y artística; aquí se forjó la unidad nacional; de las costas cercanas a este «Guadalquivir sonoro» partió la formidable hazaña del descubrimiento del Nuevo Mundo y la expedición de Magallanes y El Cano hasta Filipinas.

CONOZCO EL ORIGEN apostólico del cristianismo de la Bética, fecundado por vuestros mártires y sostenido por vuestros santos: Isidoro y Leandro, Fernando y Juan de Ribera, Juan de Dios y el beato Juan Grande, Juan de Avila y Diego José de Cádiz, Francisco Solano, Rafaela María, el venerable Miguel de Mañara y otras muchas figuras insignes.

EL RECUERDO CARIÑOSO de tanta riqueza histórica y espiritual es mi mejor saludo a vuestro pueblo, a vuestro nuevo arzobispo, a los pastores presentes y a todos los españoles, especialmente a los venidos de Canarias; pero son, sobre todo, la voz prestada a quien tanto ha dado a vuestras gentes: a mi queridísimo hermano y vuestro amado cardenal que nos acompaña. En este marco sevillano, envuelto como vuestros patios por la «fragancia rural» de Anda-

lucía, vengo a encontrar a las gentes del campo de España. Y lo hago poniendo ante su vista una humilde hija del pueblo, tan cercana a este ambiente por su origen y su obra. Por eso he querido dejaros un regalo precioso, glorificando aquí a Sor Angela de la Cruz.

HEMOS ACOGIDO LAS palabras del profeta Isaías que invita a partir el pan con el hambriento, albergar al pobre, vestir al desnudo y no volver el rostro ante el hermano; porque «cuando des tu pan al hambriento y sacies el alma indigente, brillará tu luz en la oscuridad y tus tinieblas serán cual mediodía».

PARECERIA QUE LAS palabras del profeta se refieren directamente a Sor Angela de la Cruz: cuando ejercita heroicamente la caridad con los necesitados de pan, de vestido, de amor, y cuando, como sucede hoy, ese ejercicio heroico de la caridad hace brillar su luz en los altares, como ejemplo para todos los cristianos.

SE QUE LA nueva beata es considerada un tesoro común de todos los andaluces, por encima de cualquier división social, económica, política. Su secreto, la raíz de donde nacen sus ejemplares actos de amor, está expresado en las palabras del Evangelio que acabamos de escuchar: «El que quiera salvar su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la hallará».

ELLA SE LLAMA Angela de la Cruz. Como si quisiera decir que, según las palabras de Cristo, ha tomado su cruz para seguirlo. La nueva beata entendió perfectamente esta ciencia de la cruz, y la expuso a sus hijas con una imagen de gran fuerza plástica. Imagina que sobre el monte Calvario existe, junto al Señor clavado en la cruz, otra cruz «a la misma altura, no a la mano derecha ni a la izquierda, sino enfrente y muy cerca». Esta cruz vacía la quieren ocupar Sor Angela y sus hermanas, que desean verse crucificadas frente al Señor, con «pobreza, desprendimiento y santa hu-

mildad». Unidas al sacrificio de Cristo, Sor Angela y sus hermanas podrán realizar el testimonio del amor a los necesitados.

EN EFECTO, LA renuncia de los bienes terrenos y la distancia de cualquier interés personal colocó a Sor Angela en aquella actitud ideal de servicio, que gráficamente define llamándose «expropiada para utilidad pública». De algún modo pertenece ya a los demás, como Cristo nuestro hermano.

LA EXISTENCIA AUSTERA, crucificada, de las Hermanas de la Cruz, nace también de su misión al ministerio redentor de Jesucristo. No pretenden dejarse morir vaciamente de hambre o de frío; son testigos del Señor, por nosotros muerto y resucitado. Así el misterio cristiano se cumple perfectamente en Sor Angela de la Cruz, que aparece «inmersa en alegría pascual». Esa alegría dejada como testamento a sus hijas y que todos admiráis en ellas. Porque la penitencia se ejercita como renuncia del propio placer, para estar disponibles al servicio del prójimo; ello supone una gran reserva de fe, para inmolarse sonriendo, sin pasar factura, quitando importancia al sacrificio propio.

SOR ANGELA DE LA CRUZ, fiel al ejemplo de pobreza de Cristo, puso su Instituto al servicio de los pobres más pobres, los desheredados, los marginados. Quiso que la Compañía de la Cruz estuviera instalada «dentro de la pobreza», no ayudando desde fuera, sino viviendo las condiciones existenciales propias de los pobres. Sor Angela piensa que ella y sus hijas pertenecen a la clase de los trabajadores, de los humildes, de los necesitados, «son mendigas que todo lo reciben de limosna».

LA POBREZA DE la Compañía de la Cruz no es puramente contemplativa, les sirve a las hermanas de plataforma dinámica para un trabajo asistencia con trabajadores, familias sin techo, enfermos, pobres de solemnidad, pobres ver-

gonzantes, niñas huérfanas o sin escuela, adultas analfabetas. A cada persona intentan proporcionarle lo que necesite: dinero, casa, instrucción, vestidos, medicinas, y todo, siempre, servido con amor. Los medios que utilizan son su trabajo personal, y pedir limosna a quienes puedan darla.

DE ESTE MODO, Sor Angela estableció un vínculo, un puente desde los necesitados a los poderosos, de los pobres a los ricos. Evidentemente, ella no puede resolver los conflictos políticos ni los desequilibrios económicos. Su tarea significa una «caridad de urgencia», por encima de toda división, llevando ayuda a quien la necesite. Pide en nombre de Cristo, y da en nombre de Cristo. La suya es aquella caridad cantada por el apóstol Pablo en su primera carta a los Corintios: «Paciente, benigna... No busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal... Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera».

ESTA ACCION TESTIMONIAL y caritativa de Sor Angela ejerció una influencia benéfica más allá de la periferia de las grandes capitales y se difundió inmediatamente por el ámbito rural. No podía ser menos, ya que a lo largo del último tercio del siglo XIX, cuando Sor Angela funda su Instituto, la región andaluza ha visto fracasar sus conatos de industrialización y queda sujeta a modos de vida mayoritariamente rurales.

MUCHOS HOMBRES Y mujeres del campo acuden sin éxito a la ciudad buscando un puesto de trabajo estable y bien remunerado. La misma Sor Angela es hija de padre y madre venidos a Sevilla desde pueblos pequeños para establecerse en la ciudad. Aquí trabajará durante unos años en un taller de zapatería.

TAMBIEN LA COMPAÑIA de la Cruz se nutre mayoritariamente de mujeres vinculadas a familias campesinas, en sintonía perfecta con la sencilla gente del pueblo, y conserva los rasgos carac-

terísticos de origen. Sus conventos son pobrecitos, pero muy limpios, y están amueblados con los útiles característicos de las viviendas humildes de los labriegos.

EN VIDA DE la fundadora, las hermanas abren casa en nueve pueblos de la provincia de Sevilla, cuatro en la de Huelva, tres en Jaén, dos en Málaga y una en Cádiz. Y su acción en la periferia de las capitales se despliega entre familias campesinas frecuentemente recién venidas del campo y asentadas en habitaciones miserables, sin los impresionables medios para afrontar una enfermedad, el paro o la escasez de alimentos y de ropa.

HOY, EL MUNDO rural de Sor Angela de la Cruz ha presenciado la transformación de las sociedades agrarias en sociedades industriales, a veces con un éxito impresionante. Pero este atractivo del horizonte industrial ha provocado de rechazo un cierto desprecio hacia el campo, «hasta el punto de crear entre los hombres de la agricultura el sentimiento de ser socialmente unos marginados, y acelerar en ellos el fenómeno de la fuga masiva del campo a la ciudad, desgraciadamente hacia condiciones de vida todavía más deshumanizadoras».

TAL MENOSPRECIO PARTE de presupuestos falsos, ya que tantos engranajes de la economía mundial continúan pendientes del sector agrario, «que ofrece a la sociedad los bienes necesarios para el sustento diario».

EN ESA LINEA de defensa del hombre del campo, la Iglesia contemporánea anuncia a los hombres de hoy las exigencias de la doctrina sobre la justicia social tanto en lo referente a los problemas del campo como al trabajo de la tierra; el mensaje de justicia del Evangelio que arranca de los profetas del Antiguo Testamento. El profeta Isaías nos lo recordaba hace algunos momentos: «Si partes tu pan con el hambriento,

entonces brotará tu luz como la aurora... e irá delante de tí tu justicia». Llamada actual entonces y hoy, porque la justicia y el amor al prójimo son siempre actuales.

A LO LARGO del siglo XX, el campo ha cambiado, por fortuna, algunas condiciones que lo hacían inhumano: salarios bajísimos, viviendas miserables, niños sin escuela, propiedad consolidada en pocas manos, extensiones poco o mal explotadas, falta de seguros que ofrecieran un mínimo de serenidad frente al futuro.

LA EVOLUCION SOCIAL y laboral ha mejorado sin duda este panorama tristísimo en el mundo entero y en España. Pero el campo continúa siendo la cenicienta del desarrollo económico. Por eso, los poderes públicos deben afrontar los urgentes problemas del sector agrario. Reajustando debidamente costos y precios que lo hagan rentable, dotándole de industrias subsidiarias y de la transformación que lo liberen de la angustiada plaga del paro y de la forzosa emigración que afecta a tantos queridos hijos de esta y otras tierras de España; racionalizando la comercialización de los productos agrarios y procurando a las familias campesinas, sobre todo a los jóvenes, condiciones de vida que los estimulen a considerarse tan dignos como los integrados en la industria.

OJALA LAS PROXIMAS etapas de vuestra vida pública logren avanzar en esa dirección, alejándose de fáciles demagogias, que aturden al pueblo sin resolver sus problemas y convocando a todos los hombres de buena voluntad para coordinar esfuerzos en programas técnicos y eficaces.

PARA PROGRESAR EN ese camino es necesario que la fuerza espiritual y amor al hombre que animó a Sor Angela de la Cruz; que esa caridad, que nunca tendrá fin, informe la vida humana y religiosa de todo cristiano.

SE QUE ANDALUCIA nutre las raíces culturales y religiosas de su pueblo gracias a un depósito tradicional pasado de padres a hijos. Todo el mundo admira las hermosas expresiones piadosas o festivas que el pueblo andaluz ha creado para vestir plásticamente sus sentimientos religiosos. Por otra parte, las cofradías y hermandades creadas a lo largo de siglos han obtenido influencia en el cuerpo social.

ESA RELIGIOSIDAD POPULAR debe ser respetada y cultivada como una forma de compromiso cristiano con las exigencias fundamentales del mensaje evangélico, integrando la acción de las hermandades en la pastoral renovada del Concilio Vaticano II, purificándolas de reservas ante el ministerio sacerdotal y alejándolas de cualquier tensión interesada o partidista. De este modo, esa religiosidad purificada podrá ser un válido camino hacia la plenitud de salvación de Cristo, como dije a vuestros pastores.

Entre grandes aplausos, y en una de las pocas veces en que el pueblo de Sevilla rompió su tan comentado silencio, se descorrieron las cortinas del sol refulgente que coronaba el altar, apareciendo el cuadro de Sor Angela, mientras una bandada de mil palomas daban vueltas alrededor del mismo, detalle recogido por nuestro redactor gráfico Jesús Martín Cartaya en la foto que figura en la portada de nuestro Boletín.

Nueve parejas, representativas de las provincias andaluzas efectuaron las ofrendas, entre las que figuraba el Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías, Sr. Sánchez Dubé, y su esposa, quienes ofrecieron al Santo Padre un Cáliz y un Copón, representativos de los innumerables que nuestras Hermandades han donado para fines misionales.

Muy emotivo y acertadísimo, el deta-

QUERIDOS ANDALUCES Y españoles todos: La figura de la nueva beata se alza ante nosotros con toda su ejemplaridad y cercanía al hombre, sobre todo al humilde y del mundo rural. Su ejemplo es una prueba permanente de esa caridad que no pasa.

ELLA SIGUE PRESENTE entre sus gentes con el testimonio de su amor. De ese amor que es un tesoro en la eterna comunión de los santos, que se realizará por el amor y en el amor.

EL PAPA QUE ha beatificado hoy a Sor Angela de la Cruz confirma en nombre de la Iglesia la respuesta de amor fiel que ella dio a Cristo. Y, a la vez, se hace eco de la respuesta que Cristo mismo da a la vida de su sierva: «El Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles y entonces dará a cada uno según sus obras».

HOY VENERAMOS ESTE misterio de la venida de Cristo, que premia a Sor Angela «según sus obras».

lle de que nuestros seises ofreciesen una de sus danzas y canciones que el Papa, emocionado, contempló absorto, en una muda oración.

Apenas perceptible para las cerca de quinientas mil personas que poblaban el recinto, marchó el Papa para su visita a la Catedral, en la que oró ante la Santísima Virgen de los Reyes, visitando la capilla donde se encuentra el enterramiento del Cardenal Spínola, cuyo proceso de Beatificación ya se inició, y la capilla Real, donde se encuentra el cuerpo incorrupto del Rey San Fernando.

Posteriormente, y a pié, marchó al Palacio Arzobispal, donde almorzó, habiendo salido al balcón varias veces, rezando en una de ellas el Angelus, y haciendo aparecer a su lado a nuestro querido Cardenal.

Las ovaciones se reproducían constantemente, y el público aguardó varias horas, hasta su salida hacia el Convento de las Hermanas de la Cruz, donde verteró los restos de Sor Angela.

Una enorme multitud asistió a todos estos actos, pudiendo calcularse, sin exageración, que entre todos ellos, incluido el del campo de Feria, fueron más de un millón de personas las que acompañaron durante su visita a Sevilla a Su Santidad Juan Pablo II.

En el Aeropuerto fue despedido, también entre cantos de sevillanas, por el Sr. Arzobispo y señores Obispos andaluces que le acompañaron en los citados actos.

Nuestro emocionado y entusiasta adiós a JUAN PABLO II, al que esperamos nos conceda Dios la gracia de, en cualquier otra ocasión, poder verle más de cerca, puesto que en nuestra última visita a Roma, solo pudimos estar a los pies de la ventana de la Clínica donde, restableciéndose, se encontraba.

MARIN VIZCAINO

FORMULA de la BEATIFICACION

«Nos, acogiendo los deseos de nuestro hermano Carlos Amigo Vallejo, arzobispo de Sevilla, del venerado hermano cardenal José María Bueno Monreal, así como de otros muchos hermanos en el Episcopado y de numerosos fieles, después de haber escuchado el parecer de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, con nuestra autoridad apostólica, declaramos que la venerable Sierva de Dios Angela de la Cruz Guerrero y González, fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Compañía de la Cruz, de ahora en adelante puede ser llamada Beata, y que se podrá celebrar su fiesta en los lugares y del modo establecido por el derecho, el día 2 de marzo, día de su tránsito para el cielo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Amén».

LAS COFRADIAS Y SUS CULTOS

HDAD. SACRAMENTAL DEL STMO. REDENTOR.—Solemnes cultos en honor del SANTISIMO REDENTOR; predicaron los RR. PP. D. Cipriano Chavarri y Don Angel Carrillo.

HDAD. DE LAS CIGARRERAS.—Triduo en honor de Nuestra Señora de la VICTORIA; predicó el R. P. D. Antonio Pérez Delgado.

HDAD. DE NTRA. SEÑORA DEL AMPARO.—Triduo en honor de la Stma. Virgen del AMPARO; predicó el R. P. José Manuel Benítez Carrasco. Función Principal oficiada por el R. P. Don Antonio Domínguez Valverde; Procesión con la venerada imagen por calles de la feligresía.

HDAD. DEL BARATILLO.—Triduo y Función Principal en honor de la Santísima Virgen de la CARIDAD; predicó el R. P. D. José Antonio Balboa Gómez; Be-

samanos a la Santísima Virgen de la CARIDAD.

HDAD. DEL CALVARIO.—Triduo en honor de la Santísima Virgen de la PRESENTACION; predicó el R. P. D. Antonio Pérez Delgado.

HDAD. DE LA AMARGURA.—Para conmemorar el XXVIII Aniversario de la Coronación Canónica de la Virgen de la AMARGURA, celebró solemne Función con panegírico a cargo del R. P. Don Francisco Cruces Martín; durante los días 19 al 21 de Noviembre, Besamanos a la Santísima Virgen de la AMARGURA.

HDAD. SACRAMENTAL DE S. GIL.—Triduo en sufragio de las ANIMAS BENEDITAS; predicó el R. P. D. José Antonio Pérez Domínguez de la Rasilla.

HDAD. DE NUESTRO PADRE JESUS DE LA VICTORIA.—Función en honor de Nuestra Señora de la PAZ; predicó el R. P. D. Antonio Rotllan y García-Donas.